

Porque el astro rey la envía
A que sus galas ostente,
Y en la bóveda sombría
Vierta la lumbre del día
Revoltosa y trasparente.

II.

Se oyen despues los pasos mesurados
Del sacerdote, y la crujiente seda
Del manto que, los lienzos desplegados,
Por el sonoro pavimento rueda:

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
Con que á cumplir con su mision le incitan,
Soplando bajo el mudo pavimento
Las osamentas que á sus piés dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
Se sienten rechinar las verjas de oro,
Se escuchan los católicos cantares
Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente
Postrarse humilde, y bendecir la vida,
Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal:
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
O el crujir del vendabal.

O finje en sôn temeroso
La aguda lengüetería
La discorde gritería
Del infierno en rebelion;
O con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo,
Sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,

Canta al esposo que tarda
A sus puertas en llamar.
O entonando del profeta
La sacrosanta salmodia,
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,
Y entona en arpa de flores
Los voluptuosos amores
Del sabio rey Salomon;
Canta los cedros del Líbano,
La castidad de Susana,
Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sanson.

O en tonos mas desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El Hacedor de la luz;
O mas lánguido remeda
Las lágrimas de María,
Cuándo en el terrible día
Lloraba al pié de la cruz.

Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo que se levanta
Murmura á su vez tambien:
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan
Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura,
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen las llaves chocar.

No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma
Por el pintado cristal;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,
Y el día desaparece,
Y la negra sombra erece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fué *mañana*,
Mañana se dice: *ayer*.

SEGUNDA PARTE.

A MIS AMIGOS

DON JUAN DONOSO CORTES

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro ríe á carcajadas, y esto es muy natural; de aquí los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reía; por consiguiente, el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazón.

Al publicar el segundo, he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Coeles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuanto al género de mis versos, aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavió, y sin seguir mas escuela

que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por via de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSE ZORRILLA.

Madrid, 15 de Junio de 1838.

EL DIA SIN SOL.

INTRODUCCION.

Dies ira dies illa
Solvat seclum in favilla (1)

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso:
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraíso.—

Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante caballera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba, y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos,
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el olfato, oyeron los oídos . . .

Todo es placer cuanto pasando toca.
La yerba perfumada en la colina,
Dióle un lecho do yace blandamente,

(1) La paráfrasis del *Dies ira* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

Y derramóse en torno cristalina
Deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento,
Regalada y dulcísima armonía,
Desde el follaje vasto y opulento
Que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa
Que vaga suave, inquieta y juguetona,
Dobló la frente, y con igual sonrisa
El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
Con su ruido turbar su manso sueño,
Y volando las aves arrullaron
El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
De tornarla en placer buscó manera,
Y una muger bellísima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante,
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello, y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada,
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena,
Hallóla Adan al despertar serena,
Sus varoniles formas contemplando.

Cinóla sorprendido en su embeleso,
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y á cada beso,
Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzaron casto arrullo,
Y amorosos los céfiros soplaron.

—“Alma mía, mi amor, paloma mía”
El hombre sollozando murmuraba;
Ella muerta de amor le sonreía,
Y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante,
Aspirando con ámbares y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste,
¿Por qué amantes y solos les dejaste,
Y la infernal serpiente no adormiste,
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay! ¿Cuánto ahorraras de miseria y llanto,
Del hombre flaco á los mortales ojos!
¿Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no mas en los jardines,
Vedado al paladar de los nacidos;
No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacia Adan, en brazos de su amada,
Eva miraba el prohibido fruto,
Y al lado de la poma codiciada
Traidor velaba el enemigo astuto.

“No comerás, le dijo la serpiente,

“Criatura de origen soberano?

“Podieras, como Dios omnipotente,

“Otro mundo crear de polvo vano.

“No comerás, y quedarás sujeta

“Al privilegio inútil de su hechura;

“Quedaré el alma entre su nada quieta,

“Y á tí te llamarán la criatura.”

Sintió el orgullo la muger curiosa,

Que brotaba en carmin á la mejilla,

Y á la fruta tendió la mano ansiosa,

Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron

Arboles, aves, céfiros y fuentes,

Y en su lugar, fatídicos quedaron,

Troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el leon crespando la melena,

Lanzó el tigre su ardiente resoplido,

Bufó en el bosque la traidora hiena,

El toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas,

Las aves por el aura agonizante,

El fresco valle marchitó sus galas,

Tembló el mundo en sus ejes de diamante.

Despertó el triste Adan absorto y mudo,

Al desusado y bronco clamoreo;

Y, avergonzado, se miró desnudo,

La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas

Guarecerse en tropel de los peñascos,

Y buscar sus guaridas socavadas,

De las montañas en los hondos cascos.

Hirióle el sol las débiles pupilas

Al recio impulso de fogosa lumbre,

Y halló en el cielo, en aplomadas filas,

De frías nubes torva muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso

La gracia de su Dios con la inocencia,

Y trocóse en infierno el paraíso,

El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,

Que con rubor entrambos no nacieron,

Y del crimen común arrepentidos,

Uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adan! esclamó Dios llamando al hombre,

Y el eco en las montañas respondía;

¡Adan! repitió Dios, y el mismo nombre,

El eco mismo á repetir volvía.

¿Dó estaba Adan? Llorando, prosternado.

Por vez primera de su Dios temblaba,

Y humillado en el polvo—; Yo he pecado!

Respondía á la voz que le llamaba.

¡Adan! gritó el Señor, “cuenta tus horas,

“Porque vendrá una hora en que te veas

“Dando cuentas al Dios ante quien lloras;

“Y hasta entonces, Adan, ¡maldito seas!”

I.

—“Naciste, Adan, en el polvo,

“Y en el polvo morirás,

“Tú y tus hijos, y tu raza,

“Y cuantos hombres serán,

“Sudareis sobre la tierra,

La luna que flotando se mecía
En el azul del cielo adormecido,
Seguirá al fin sus moribundas huellas,
Llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra, sin sol que la fecunde,
Seca no brotará yerba ni flores,
Y harán que reventado el mar la inunde
Los temporales de la mar señores,

Y á las manos del tiempo que confunde
Cuantos un día desplegó primores,
La tierra que de césped se matiza,
Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
Estarán los desnudos esqueletos
Al juicio de su Dios aparejados,
Silenciosos, estúpidos y quietos;

Y á trechos en montones apilados,
El plazo aguardarán juntos y prietos,
Con sus despojos remplazando enjutos,
Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
Ni hará murmullo el ondular del viento,
Ni en las rocas el eco campesino
Repetirá lejano algun acento;

Noche y alba sin horas ni camino
Ahogarán su crepúsculo opulento,
Y serán presa de arrecidas nieblas,
Sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fuera*,
Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
Las tierras no hallarán mar ni ribera,
Ni hallarán playa los disueltos mares;

Barro será la agonizante esfera
Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
Cual masa por los siglos preparada
A tornar al origen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro
Los cuerpos á buscar en que vivieron,
Cuando á través del cenagoso escombros
Vayan tras el lugar do los perdieron:

Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
La carne vestirán con que nacieron,
Porque escuche la carne la sentencia
Que oyó el alma al pasar á otra existencia.

Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente,
De los muertos la turba estremecida,

Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.

III.

Judex ergo cum sedebit,
Quidquid latet apparebit,
Nil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno
Privilegio ni esención:
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno á uno
Por pena ó por remisión.

“Los hijos por sustentar,

“Mientras los hijos rebeldes

“Con sus padres lidiarán.

“La tierra brotará espinas,

“El tiempo ahogará la paz,

“Y sin número los hombres

“A su Dios olvidarán.

“Entonces hambres y pestes,

“Y de miserias un mar

“Acosará el mundo impío

“Sin descanso ni solaz.

“Y habrá esclavos y habrá reyes,

“Y pueblos, y sociedad.

“Y habrá amor, y habrá amistades

“Que, en vez de consuelos dar,

“Os darán con dulces nombres

“Amargas horas de afán.

“Y habrá el corazón pasiones

“A cuyo impulso fatal,

“Hermano robará á hermano

“Cuanto bien pudo alcanzar.

“Será la muger voluble,

“Será el hombre desleal,

“Y amor tornaráse en zelos,

“Y en envidia la amistad.—

“Y en raza de un mismo origen,

“Todos con derecho igual,

“El poder será la fuerza

“Y el miedo la autoridad.—

“Nacerán conquistadores

“Las tierras á deslindar,

“Y donde uno puso un trono,

“Otro un cadalso pondrá.—

“Pero YO, que os hice en polvo

“Y en polvo os he de tornar,

“Haré un día de justicias

“Para todos por igual:

“Haré un infierno y un cielo,

“Y una inmensa eternidad

“En que grandes y pequeños

“Confundidos entrarán.”

Dijo así Dios, reduciendo

Los tiempos á cantidad,

Cuando dió al primer nacido

El triste apodo de *Adan*.—

II.

Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.

Ancho pantheon, de gente condenada,
Condenado á morir como su gente,
Caerá el mundo en el pozo de la nada,
Rota en pedazos la caduca frente.

La ímpia raza en las tumbas cobijada
Otra vez se alzará mústia y doliente,
Roto el dogal que al polvo la sujeta,
Al vivo son de la final trompeta.

Ya para entonces, el tremendo día
Del daño universal será cumplido
El sol que del Oriente nos venía,
Apagada su luz habrá caído;

Será con todos igual,
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
E irán en distintos modos
El justo y el criminal.
En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias, á gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.
Que ni entonces una vez
La virtud se manchará
Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto á la virgen irá,
Allí irán los que altaneros
A los pueblos dieron leyes,
A acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros,
Y sin corona los reyes.
Allí irá la hipocresía
Con el disfraz en la mano,
Y sabremos aquel día
Qué pechero hubo hidalguía,
Y qué hidalgo fué villano.
Irá el pálido mendigo
En pos del rico avariento
Acusador y testigo,
Demandando el pan y abrigo
De su alcázar opulento.
Irá el amigo traidor
Tras el amigo engañado,
El semblante sin color,
Como esclavo maniatado
Que llevan á su señor.
Irá el pérfido galán
Tras las vendidas mugeres,
Que descontándole irán
Por las horas de su afán,
Las horas de sus placeres.
Irá el señor sin piedad,
E irán los siervos tras él,
Pidiendo á su vanidad
La perdida libertad
En iracundo tropel.
Irán los conquistadores,
Y asidos á sus cabellos
Los vencidos vencedores,
Serán allí sus señores
Como aquí lo fueron ellos.
Irá la falsa muger
Que al esposo juró amor,
Y el juramento de ayer
Empeñó por un placer
Al disoluto amador.—
Irá el audaz penderciero,
Con el muerto en desafío;
Acuchillado el primero,
Y el otro en el pecho impío
Escondido el rojo acero.
¡Que el día de la verdad
El fantasma del valor
Será necia ceguedad,

Y no mas que vanidad,
El fantasma del honor!—
Irá el corrompido juez
Tras la víctima inocente,
Y en torno suyo á la vez
Clamarán en voz doliente
La orfandad y la viudez.
Irán los monges carnales
Tras las forzadas doncellas,
Desgarrados los sayales,
Los cordones por dogales
Atados al cuello de ellas.—
Los labios que un tiempo dieron
Blando y sacrilego son
Con los besos que vertieron,
Que torpe hoguera encendieron
En el brutal corazón;
Allí arderán en tal lumbre
En fuego tan infernal,
Cuanto á Dios fué pesadumbre
Bajar á la podredumbre,
De su pecho criminal.—
Y allí iremos los cantores,
Falsas flores del Eden,
Que en vez de santos loores
Cantamos himnos de amores
A las puertas de un haren.
Allí del liviano mundo
Habrá fin la imbécil farsa;
Todos en monton inmundo
Sin primero, ni segundo,
Iremos en la comparsa.—
¡Qué será ver hombre tanto
Nacido para morir,
Ciegos los ojos de llanto,
Ciega el ánima de espanto,
Al valle inmenso venir?
¡Qué será ver al tirano,
Balbuciente al responder
De la sangre de su hermano,
En que irá tinta la mano
Sin que la pueda esconder?
¡Qué será ver tantos reyes
Que por saciar su ambicion
Pusieron la religion
Por rúbrica de unas leyes
De equívoca explicacion?—
¡Tantas gentes y naciones,
De tan distintas regiones,
De tan distintos caractéres,
Y distintos pareceres
Y distintas religiones!
Los de Judá temerosos,
Los de Esparta y Macedonia,
Los de oriente voluptuosos,
Los fecundos en colosos
De Menfis y Babilonia!
Los de los anchos desiertos
Avezados al pillage,
De tiempo y dioses inciertos,
Los que devoran sus muertos
En algazara salvaje!

Los de América indolentes,
Los impuros de Sodoma,
Los de Tebas penitentes,
Los de Sagunto valientes,
Y los triunfantes de Roma!—
¡Todos muertos é inmortales
De hinojos ante su juez,
Que con leyes eternas
Nos hará á todos iguales
Ante la ley una vez!—

E irán las tiernas almas
De los alegres niños,
En túmulos de palmas
Y lechos con armiños,
Al pié del trono espléndido
Del santo de Israel.
Angeles sus hermanos
Haránles grata sombra
Con sus rosadas manos,
Y les harán alfombra
Con sus alas magnificas
Y almohadas y dosel.—
La paternal sonrisa
Del Dios omnipotente
Seralea blanda brisa,
Que arrulle mansamente
El contorno suavísimo
De su tranquila sien.
Y dormirán de espumas
Al dulce hervir sonoro,
Y de ondulantes plumas,
Y de incensarios de oro
A la acordada música
Del prometido Eden.—
E irán las no tocadas
Castisimas mugeres,
Que huyeron avisadas
El mundo y los placeres,
Y dieron al Altísimo
Intacto su pudor;
Ceñida la cintura
De blancas azucenas,
Radiantes de hermosura
Y en dulces cantilenas
Loando en son angélico
Al eternal amor.—
Y todas las hermosas
Como la tibia luna,
Y todas ruborosas
Como al dejar la cuna,
Todas ofrendas cándidas
De paz y de placer.—
Purísimas palomas
Que el cielo halaga y cria,
Balsámicos aromas
Que en prendas de alegría
Entre dolor y lágrimas
Da al cielo la muger.
¡Y qué será en tal hora
De duelos y de enojos

Su calma encantadora,
Y de sus bellos ojos
Contemplar el pacífico
Brillante tornasol?
¡Y qué será en sus labios
Su sonreír de amores,
Cuando grandes, y sabios,
Y reyes y señores,
El día verán trémulos
Sin tinieblas ni sol?

¡Y qué será de nuestro dulce canto,
Que será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reimos cántigas de flores?
¡Qué será de la hermosa á quien un día
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebia,
Y en cuyos labios el amor gozamos?
¡Qué serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imagen retratada vimos,
Do al lánguido rielar de sus reflejos
De su amor el secreto sorprendimos?
¡Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo
Al resbalar de la furtiva luna?
Acaso el corazón le desgarraba
El peligro fatal del que dormia,
Y su afán compasivo nos callaba
Doblando su silencio su agonía.
¡Ay! qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa,
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicio la virtud dichosa?
Cuando se abran las puertas eternas
Al eterno gozar del paraíso,
Y les sea á los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso.
¡Ay de mí! con cuán hondo desconsuelo
Los ojos tornarán desesperados
La postrimera vez mirando un cielo
A que también nacieron destinados!
¡Oh tristísima y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde perdiendo de una vez la vida
Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir
A guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será vagando
Por la viviente mansion,
Ir al compás escuchando
De las arpas de Sion,
Eternamente gozando
Aquella aura perfumada,

Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar;
Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!
Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera,
Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedara;
¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en redacir
A guarismo nuestra edad!
¡Oh, ven, ven, arpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida:
Tú que tempras en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconsuelo
Con tus compases livianos.
Y déjale que delire
Con el cielo al corazón,
Y déjale que suspire,
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religion.
Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Vive Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!

INCONSECUENCIA.

A UNA TORTOLA.

Porque al fin la vida es sueño.
CALDERON.

I.
Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras,
¿Es tu canto una plegaria,
O es la voz con que respiras
A tu voluntad contraria?
¿Ese arrullo dolorido
Se exhala en tí á tu despecho
Sonando alegre en tu oído,
O es en verdad un gemido
Que te se arranca del pecho?
Triste pájaro, ¿lo sé...?
Por eso en ocultas ramas
Tu nido ondear se vé;

Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende á tu fé.
Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas á arrullar tu amargura
Del campo ameno enojada.
Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del día,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa fuente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
A los jardines cercano.

Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorgeos suaves:
Tú, que llorar solo sabes,
Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto
Vivir te cansa ó estraña;
Porque allí despeña oculto
El torrente que le baña
Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido són remeda
Tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje
Que á pedazos ha brotado
Por el agreste paisaje,
Borda el terreno olvidado
Con pliegues de tesco encaje.

Y á fé á los ojos del triste
No son gala los primores
Con que natura se viste,
Que otro placer no resiste
Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos
Son males antojadizos,
Que se quejan á los cielos
Y no admiten mas consuelos
Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber
Que nos podemos quejar,
Que cuando tan ruin placer
Pensamos que ha de faltar
La volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,
Dió el cielo á tu ronco canto
El compás de una querella,
Porque al cantar tu quebranto
Llorarás tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pos
De tu cancion va tu queja;
¡Ay, tórtola! vive Dios
Que en el mal que nos aqueja
Nos parecemos los dos.

Pues si abriga tu garganta
En vez de voz un lamento,
Cuando mi voz se levanta,
En vez de darme contento
Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie á escuchártela sale,
Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mio iguale.

Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quién á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados,
Conmigo es justo que llores,
Tú, tórtola, tus amores,
Yo mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí!
Que cuando el arpa tomé
Cantando ahogarlos creí;
Y tantas glorias soñé,
Cuantos desengaños ví!

Vi el mundo tan hechicero
Que no le alcancé falaz,
Alcé mi canto primero,
Y el alma lanzó fugaz
Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar,
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lugubre á tí;
Porque el fuyo amarga
El canto feliz,

Y las otras aves
No te le han de oír:
Y yo que angustiado
Llorando nací,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril,

La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á planir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir.

Si el lloro y el canto
Nos desoye así,

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

El mundo ceñido
Del aire sutil,
Vestido de flores
Con rico tapiz,
Tocado con ancho
Dose de zafir,

Prendido con nubes
Que el alto zenit
Circundan de nieblas
De azul y carmin;
Sembrado de estrellas
Que el turbio confin
Tachonan brillantes

En montones mil
Con pálidas perlas
Y rojos rubís,
Nos miente sin duda
Vistoso jardin,
Convida á cantarle
Mirándole así.

Mas si esos hechizos
Y gayo matiz,
Caminos son solo
Que llevan al fin
De breves placeres,
Y el fin es morir;
Si el que llora ó canta
Concluyen allí,
Si el triste se mofa
Del rico y feliz,
E insulta el alegre
Del triste el sufrir,

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
Valle de tumbas que pasando vamos;
Féretro y cuna nos abrió el destino
Para entrar y salir en los extremos;
Fantástico al entrar y peregrino,
Y asqueroso al salir le comprendemos;
Que al vivir despertamos en la cuna,
Y al despertar nos rie la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
Porque á sentir no alcanzan tanto duelo:
Sordos aun traemos los oídos
Porque no escuchan el clamor del suelo:
La lengua y pensamientos obstruidos,
Porque al ánimo falte ese consuelo:
Solo abrimos al sol nuestra pupila
Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
En ilusiones de esperanza crece,